

CARLOS REYLES



Después de más de diez años de alejamiento voluntario acaba de regresar al país con ánimo de instalarse definitivamente en él, Carlos Reyles, el primero de nuestros novelistas y uno de los más altos y selectos espíritus nacidos bajo nuestro cielo. En este artículo queremos dejar constancia de nuestro regocijo ante tal hecho al cual la prensa metropolitana no ha prestado la atención debida por ser

la personalidad de Reyles de las que escapan necesariamente a la comprensión y al aprecio de nuestros croniqueros habituales. En cambio Reyles ha sido agasajado en los círculos intelectuales y especialmente por el grupo de "La Cruz del Sur", agasajos que sabemos lo han llenado de satisfacción, pues, ha podido constatar que apesar de la norteamericanización de nuestro ambiente — deportes, negocios,

automóvil, radiotelefonía — existen siempre almas generosas y espíritus indomables que orientan hacia otros muy distintos ideales sus ansias de perfección individual y colectiva.

La vida como la obra de Reyles constituyen un notable ejemplo de fidelidad a sí mismo. Una línea recta sería el símbolo escueto pero exacto de su deslizarse a través de los años y de las letras. Desde su primer libro hasta el último está presente la misma personalidad vigorosa y sólida, el mismo pensamiento directivo, el mismo estilo brillante y viril. Lejos de los tanteos y dubitaciones que malogran tantos temperamentos sin originalidad, la obra literaria de Reyles presenta las mismas características, tanto en los vastos frescos de sus novelas, como en el nervioso dinamismo de sus ensayos filosóficos, como en sus concepciones sociológicas, discutibles pero ennoblecidas por la sinceridad de una fé beligerante y ejecutiva. Desde muy joven Reyles encontró su camino y ni éxitos, ni contrariedades, ni halagos, ni cesuras han podido lograr que se apartara de él. Un fuerte lazo invisible, lazo estético y doctrinario a la vez, une estrechamente las grandes escenas de "Beba" a los estudios psicológicos de "La raza de Caín", a las dolorosas introspecciones de "El Terruño", a los soleados panoramas de "El embrujo de Sevilla". Entre ellos "La muerte del cisne" y "Diálogos olímpicos" representan condensaciones de pensamiento, detenidos avizorares hacia las más amplias perspectivas humanas, meditaciones de combatiente no de analítico, himnos a sus divinidades inspiradoras más dignas de figurar en la tempestuosa mitología del Walhalla que en la serenidad convencional del Olimpo o en la desteñida mediocridad del paraíso cristiano. Páginas hay en esos dos últimos libros que réputo las mejores que se han escrito en nuestro país, páginas impecables inflamadas en verbo apostólico, orquestadas como por vientos marinos, cargadas de sustancia, ante las cuales nadie puede permanecer indiferente, tal es su fuerza de sugestión que atrae y seduce aún a aquellos mismos que no alcanza a convencer y conquistar.

Reyles representa en nuestra literatu-

ra el sentido de la jerarquía, pero en un orden muy distinto a Rodó. En este último la jerarquía es intelectual y establece una oposición irreductible entre lo espiritual y lo material, entre lo aéreo de Ariel y lo terreno de Calibán. En Reyles la jerarquía es de orden vital y está mucho más cerca del ideal de la "bestia rubia" de Nietzsche que del taumaturgo Próspero, moviendo armoniosamente las potencias naturales al conjuro de su varita mágica o sentándose a la tribuna del aula a pronunciar un bello discurso a los jóvenes. En Reyles se impone la ebridad de la vida, el derecho del fuerte, la selección por la diferenciación de la voluntad y de la potencia viril. En la humanidad como en la naturaleza hay montañas y llanuras, torrentes y remansos, lobos y corderos. Igualar todos los derechos es establecer nivelaciones absurdas que resienten el conjunto; es obligar a todos a someterse a la moral de los esclavos a la cual no se adaptarán jamás los que han nacido para dominadores. Su concepto — que no discuto sino que expongo, — es, pues, rígida y lógicamente aristocrático. No hay aquí sangre heredada ni pergaminos ficticios. Hay sólo la Naturaleza que señala a cada uno su misión en la vida y cuyos mandatos no se pueden violar ni desviar.

Reyles, siempre laborioso — pero no exageradamente fecundo — anuncia tres nuevas obras en las cuales trabaja amorosamente desde hace tiempo. Esperamos esos libros en la seguridad de que ellos no desmerecerán al lado de sus hermanos mayores que le han conquistado tan justa gloria, laureles tan frescos siempre. En la plenitud de su vida y de su talento. Niño de cariño por su tierra vuelve de nuevo a ella su mirada filial después de permanecer largo tiempo en el viejo mundo, bebiendo silenciosamente en las fuentes maternas de la raza, España, y de la cultura, Francia. Bien pertrechado para las artísticas lides, cada una de sus salidas ha de ser un nuevo triunfo, un nuevo timbre de gloria para su nombre ya ilustre y para nuestro Uruguay tan necesitado de prestigios como el siyo que lo contrasten ante el concepto todavía debidamente ilustrado de los demás países.

Alberto Lasplacas.